

EL PUERTO Y SUS OPERARIOS

Y todas las medidas del gabinete político, y el movimiento de la
justicia influencia que se ocultaba en el palacio de las ciencias,
respiraban ira y venganza.

Es el feroz que por los despojos
La muerte del ministro conculcador de las leyes se aproxima
la por momentos.

Horrores por la rabiosa desagravacion, moria de hidrobia.
Esta agonía desastrosa se prolongó algunos meses.
Mas adelante relataremos los estragos que produjo.

Volvamos a la habitación del honrado banquero para verle re-

CAPITULO XIII.

LA REVELACION.

Deslizáronse dos dias, y aquel dolor tan vivo y profundo que habia desgarrado el corazon del viejo comerciante habíase trocado en purísimo gozo, porque aguardaba que de un momento á otro llegara el generoso mortal que le habia salvado la fortuna, el honor y la vida.

Matilde permanecia aun triste.

El recuerdo de una pena, deja huellas mas profundas en el corazon de la mujer que en el del hombre, y sentada en su acostumbrado sitio junto á los cristales del balcon que daba á la calle de Alcalá, ocultaba á su marido las lágrimas que involuntariamente derramaba.

A pesar suyo sentíase turbada y distraida por melancólicos pensamientos, y fijaba maquinalmente su vista en el bullicioso panorama que presenta la mas hermosa calle de Madrid.

De repente cayósele la labor de las manos, y por un movimiento involuntario que no pudo reprimir, inclinóse hácia adelante; pero al momento se lanzó atrás con presteza, ocultando el rostro



(16)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

entre las manos como avergonzada de lo que habia hecho y temerosa de que la hubieran visto.

— ¡Es él!... ¡es él!...— dijo para sí, — no me han engañado la vista ni el corazon.

El banquero, que estaba en el fondo del salon arreglando algunos legajos de papeles, no reparó en la turbacion de su esposa.

Esta infeliz temblaba convulsivamente como si la inesperada aparicion hubiera despertado en su memoria dolorosos recuerdos que dormian en ella ya casi enteramente olvidados.

Levantóse poco á poco, dirigió una última mirada á la calle, y fué á sentarse al lado de su marido.

El viejo comerciante ni siquiera volvió la cabeza.

Matilde le contempló algunos instantes sin hablar.

En este silencio habia destellos de respeto y gratitud y uno de esos vagos sentimientos de temor que no se pueden explicar.

Parecia que algunas palabras prontas á escaparse de sus lábios eran retenidas con su respiracion que agitaba descompasadamente su pecho.

Notólo por fin el banquero, y dijo:

— ¿Eres tú, Matilde? Me tenian estos papeles tan avasallado, que no habia reparado en tí.

— Sí, esposo mio, — respondió Matilde sobremanera afectada, — yo soy: he venido á sentarme á tu lado, y mientras arreglabas esos papeles, te contemplaba respetuosamente y lloraba.

— ¡Querida hija mia! — exclamó el anciano asiendo las dos manos de su jóven esposa y poniéndolas sobre sus rodillas.

Habia tanta dulzura y bondad en su acento, en sus miradas, en toda su persona, que Matilde sintió reanimarse, y los recios latidos de su corazon ya no la hacian sufrir.

—Me acordaba,— continuó enternecida la sensible jóven,— me acordaba de la pobre huérfana, abandonada, desvalida y sola en el mundo, y á quien tendiste la mano diciendo: «yo te protegeré, yo te amaré.» Gracias, señor, gracias... ¡Soy tan dichosa!

Matilde calló.

Al pronunciar sus últimas palabras, rodaron dos lágrimas por sus pálidas mejillas.

Su acento conmovido y tembloroso quedó ahogado por la violencia de su emoción.

Pasóse entrámbas manos por las sienes, enjugó sus lágrimas y como si apelase á toda la resignación necesaria para acabar de explicarse, añadió:

—Antes de aceptar el inmenso beneficio que tu generosa bondad ofrecía á la huérfana, creí de mi deber hacerte una franca revelación de todos los secretos de mi vida, que aunque muy corta aun, estaba ya llena de amarguras. Tú pusiste tu mano en mis labios cuando iban á confesarte...

—No quiero saber nada, te dije entonces,— repuso el anciano llevando también la palma de su mano á la boca de Matilde.— ¿Qué me importa la confesión de lo que has hecho en tu infancia? Si necesitas consuelos, mi corazón está dispuesto á darte cuantos quieras. Si reclamas un perdón... ¡Silencio, niña!... le has obtenido antes de pedirle.

—Por eso callé, y bendiciendo á Dios, acepté el protector, el amigo, el padre, el esposo que me enviaba; pero cada día, cada momento que pasa siento mayor necesidad de confiarle todas mis penas. Si no por tí, hombre generoso, acepta por mí la confesión que te debo. En la vida de la pobre niña á quien has salvado de la orfandad, no debe haber un solo día que tú no conozcas como ella.

Lo que tengo que revelarte me martiriza porque no te lo he dicho aun. ¿Puede haber secretos entre nosotros? No, esposo mío, y hoy... hoy mas que nunca es preciso que lo sepas todo.

—Te escucho, Matilde,— respondió el viejo, asombrado á pesar suyo de la estraña emoción con que su mujer había pronunciado las últimas palabras.

Matilde bajó los ojos y guardó silencio por un instante como si recogiese todas sus ideas y recuerdos.

En seguida dió comienzo de esta manera á su historia:

—Vivíamos en Vitoria y era yo muy niña cuando murió mi padre, y perdí con él los momentos felices de mi vida. Desde entonces siempre he padecido, siempre he llorado. Mi madre ostentaba la mas austera virtud, la mas rígida piedad, la severidad mas inflexible. La respetaban todos; pero mas bien la temían que la amaban. ¡Pobre madre mia! Aun me parece ver su aventajada estatura, sus regulares facciones, su frente erguida, sobre la cual nunca se pintaba la mas leve agitación. Una calma imponente era la continua expresión de su rostro. Su voz era grave, su modo de hablar lento y lacónico. En el gobierno de la casa guardaba un orden escésivo. No tenia mas que una criada, pero mi madre misma lo disponia y vigilaba todo. Cada mueble parecia clavado en su sitio, sin que jamás se permitiese á mis juegos infantiles alterar en lo mas mínimo semejante regularidad. Todos los días á las mismas horas se hacían iguales faenas. Después de las mas fatigosas que exigían el aseo y limpieza, sentábase para descansar junto á una ventana y hacia calceta ó leía libros devotos. Ocupaba siempre el mismo sitio, en la misma posición, y á no ser por el movimiento de las agujas, ó el de las páginas que volvía, hubiera parecido una estatua. Jamás, en muchos años, me acosté un minuto mas

tarde de las nueve. Cuando el viejo reloj las daba, levantaba mi madre los ojos que tenía fijos en su labor, y con el dedo me señalaba la puerta. Iba yo á besarle la mano, ella me besaba la frente con frialdad, y yo me retiraba diciendo «buenas noches» palabras que repetía mi madre, y volvía á su labor. Aunque niña, parecía que me atormentaba tan rígida sujecion, y cuando podía huir del silencioso cuarto de mi madre sin ser apercibida, corría al jardín, y allí cantaba á pesar de mi tristeza, tal vez sin mas deseo que hacerme ruido á mi misma. No me atrevía á coger ninguna flor. Sus corolas estaban cuidadosamente contadas. Arrancaba algunas hojas de las ramas de los árboles que podía alcanzar, y las esparcía en derredor. Un viejo mastin solía acariciarme, y sus caricias llenaban de consuelo mi corazón. Corría con él y me complacía en hacerle ladrar, sin prever que á sus ladridos aparecía mi madre, y con voz fuerte que me aterraba en medio de mis juegos, decía: «¡Matilde!» A esta sola palabra se agachaba miedoso el viejo mastin, y yo con la cabeza baja volvía al cuarto de mi madre y me sentaba en un taburete á su lado. Todos los domingos y dias de fiesta me llevaba á misa. Las dos vestidas de negro, yo iba detrás de mi madre, con su devocionario y el mio en la mano. Sentábase en un banco junto á ella y me arrodillaba y levantaba imitando su ejemplo. Así se pasaron mis dias hasta la edad de la adolescencia, sin que un solo acontecimiento viniese á turbar la monotonia de mi vida. Mi agitacion moral no tardó en dejar sentir su influencia sobre mi salud. Perdía el color, enflaquecía, pasaba las noches sin dormir, ó atormentada por diferentes ensueños hijos de las preocupaciones de mi fantasía. El mundo me era enteramente desconocido, y me lo figuraba á medida de mis deseos. Creí que sería un paraiso habitado por seres hermosos é inocentes enlaza-

dos por los vínculos del amor. El cambio que sufrió mi naturaleza era demasiado visible para que mi madre dejase de notar en él. Sin embargo, ni una sola pregunta me dirigió; solo observé que separaba con frecuencia la vista de sus labores para fijarla en mí. Una mañana, que aun estaba yo en mi lecho, abrióse la puerta de mi cuarto, y entró en mi alcoba mi madre en compañía de un hombre de avanzada edad. Era un médico. Dirigióme algunas preguntas acerca del estado de mi salud, examinó mi lengua, me tentó el pulso, y dijo á mi madre que mi languidez era estremada, y que tendría malas consecuencias si pronto no se acudía al remedio. Consistía este en hacerme mudar de aires y tomar los baños de Cestona. «¿Es indispensable, doctor?» le preguntó mi madre. «De absoluta necesidad» respondió el facultativo, y me dejaron otra vez sola. Durante aquel dia observé alguna alteracion en el curso de las ocupaciones de mi madre. Tambien la sorprendí algunas veces meditabunda. El dia siguiente al entrar en su cuarto ví que estaba escribiendo. Eran aquellos acontecimientos extraordinarios para mí, y no podían menos de escitar mi curiosidad. La visita del médico... una carta... nunca habian sucedido cosas tan estrañas. Cerró la carta mi madre, y después de ponerle oblea y sobre, la entregó á la criada que se fué con ella, y nada mas pude saber. Eran las cuatro de la tarde cuando oímos recios aldabazos á la puerta. Hice un movimiento de sobresalto en mi taburete, donde estaba sentada junto á mi madre. El tal taburete era estremadamente pequeño para mí. Empecé á sentarme en él á los cinco años, y por consecuencia de la imperturbable regularidad de nuestras costumbres, habia continuado todos los dias haciendo lo mismo hasta entonces que contaba ya catorce años. Presentóse una mujer á quien yo conocia de vista porque mi madre la saludaba en la igle-

sia. «Amiga mía, dijo la recién llegada, estoy muy contenta de poder prestar á usted este servicio. Cuidaré de Matilde como si fuera mi segunda hija. ¡Y qué linda es! ¡Qué hermoso pelo rubio! ¡Qué ojuelos! Cuando haya recobrado su salud y su buen color, estará encantadora.» Mi madre frunció las cejas y cambió de conversación. Te relato, esposo mío, estos detalles insignificantes al parecer, porque ejercieron un grande influjo sobre mí. Ellos despertaron en mi imaginación ciertas ideas que hasta entonces habia ignorado. Mi madre no volvió á hablarme en todo el día, juzgando inútil explicarme el movimiento extraordinario que habia en mi derredor. Salió de casa sin ser domingo, y á su regreso, en lugar de hacer calceta, se entretuvo en componer mis vestidos. La criada le presentó una vieja maleta de cuero, colocaron en ella mi ropa. Entonces comprendí que iba yo á partir para los baños, confiada á doña Gertrudis, la amiga de mi madre. Yo deseaba este viaje en compañía de la buena señora que me habia acariciado con elogios que nadie hasta entonces me habia dirigido. Una mañana entró mi madre en mi alcoba vestida como los domingos para ir á misa, y mi corazón palpité. No me equivoqué; iba á partir. Seguí á madre hasta el coche donde me aguardaba doña Gertrudis con su hija. Iba á subir, cuando oí la voz de mi madre que decia: «¡á Dios, Matilde! no dejes de escribirme á tu llegada.» Estas palabras tan sencillas me causaron una sensación profunda, porque fueron pronunciadas con amabilidad, y al volverme para abrazarla, noté que sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Alejóse el coche, y mi madre permaneció en la esquina sin quitarnos ojo. ¡Ay! desde entonces no la he vuelto á ver.

Matilde suspendió aquí su relato para enjugar una lágrima que tributaba á la memoria de su madre.

Su marido la contempló en silencio por no turbar el religioso dolor de este triste recuerdo.

Contentóse con asir una de las manos que Matilde habia dejado caer sobre su rodilla, y la estrechó afectuosamente.

Después de esta breve pausa, continuó la jóven el relato de su vida; pero con voz mas pausada y como recelosa de afligir á su bienhechor:

—Llegamos á Cestona. Era el mes de mayo del año pasado... habia mucha gente, y el primer sentimiento que se destacó del caos de impresiones que á la sazón me asaltaron, fué que habia diversas categorías en la sociedad, que no todas las clases estaban al mismo nivel, y que ocupaba yo una de las gradas inferiores de la jerarquía social. Mi orgullo padeció al hacer este descubrimiento. Envidiaba la suerte de otras jóvenes que pertenecian á la aristocracia y se juntaban en el gran salon del primer piso, donde se tocaba el piano, se cantaba y bailaba en medio de la mas alegre ebullición. La segunda advertencia que impresionó mi alma fué mas consoladora y me indemnizó con usura del daño que me habia causado la primera. Noté que todos me contemplaban con agrado. Traté de averiguar la causa; pero no tardaron en hacérmela conocer los jóvenes y hasta algunos viejos que á pesar de hallarse en aquel sitio para curar sus dolencias, olvidaban su reuma y su gota para dirigirme requiebros. Descubrí pues que era yo la jóven mas bella de aquel recinto.

Matilde pronunció estas palabras sonriéndose de satisfacción; pero en voz muy baja, y el rubor imprimió una rosa en cada una de sus mejillas que acababa de inclinar sobre su pecho.

Esforzó de nuevo la voz, y continuó:

—Considerábame yo muy feliz al verme en libertad, y en el

centro de mil placeres. Doña Gertrudis curábase poco de mí. Su hija y yo gozábamos de una libertad sin límites, libertad de la cual abusaba yo sin duda, pues en mi absoluta inesperienza ignoraba el bien y el mal. Entretanto restablecíase mi salud de una manera sorprendente. Recobré la alegría, el buen color, toda la frescura de la juventud. Muchos eran mis galanteadores; pero habia entre ellos un jóven de mi edad, de arrogante figura, de una elegancia seductora. Perdóname, esposo mio, debo ser franca en este solemne momento. Le vi con placer, le escuché con emocion... sus palabras eran nuevas para mí, y en breve, sin apercibirme de ello, respondí á las apasionadas frases de su amor, con la sencilla esplicacion de las dulces sensaciones que por primera vez sentia. Seguíame á todas partes, y doña Gertrudis no podia dejar de ver tan obsequiosa asiduidad. Así es que un dia que estábamos solas, me dijo sonriéndose: «Matilde, tengo entera confianza en los principios que te ha inspirado tu virtuosa madre. Un poco de coquetería es recomendable en una jóven linda como tú, y sobre todo cuando no se posee gran fortuna. Es propio de muchachas hábiles el atraer á un jóven rico y hacerle adelantar hasta que no pueda retroceder; pero todo esto sin esponer la reputacion á los sarcasmos de la maledicencia.» Este lenguaje era completamente ininteligible á la pobre jóven que como yo jamás se habia separado del lado de una madre virtuosa, rígida y severa. Penetré sin embargo, que en las palabras de doña Gertrudis habia algo que ofendia mi delicadeza. Era inocente, y sin saberlo era ya el blanco de la murmuracion. Parecíame imposible que con tanta facilidad se jugase con la dicha y hasta con la honra de una inocente, sin mas guia que su propio candor, que en vez de protegerla, la entregaba á merced de un seductor infame!

—¡Pobre niña!—interrumpió el generoso anciano dirigiendo á su esposa una de esas preciosas miradas llenas de perdon é indulgencia.

—¡Pobre niña! es verdad—repitió tristemente Matilde, que al oír la voz de su marido recobró aliento y resignacion para proseguir su relato.—Sí, ¡pobre niña! que no tuvo una voz que la contuviese ni una mano que la guiase. Si al principio de mi fiel relacion, esposo mio, te he molestado con minuciosos detalles, inútiles en la apariencia, si te he llevado conmigo á recorrer los años de mi niñez, dia por dia, hora por hora, que pasé bajo la vigilancia de una madre rígida á quien no merecí jamás caricia alguna, ha sido para que comprendieses ahora el efecto que debia causarme la ebullicion social que me rodeaba, la libertad de que disponia, y sobre todo las ternezas de un jóven que se me presentaba como un ángel protector. Ni un solo instante pudo ocurrírseme que fuera capaz de engañarme; hubiérame avergonzado de creerlo así. Ignorante de lo que era el mundo, abandonéme á él solo porque él me llamaba, y su voz era dulce y se filtraba deliciosamente en mi corazon como un bálsamo celestial. «Mi madre rehusará, á no dudarle, su consentimiento á nuestra union, le dije un dia, porque eres demasiado jóven y alegre.» —«Tambien temo que mi familia se oponga á nuestro suspirado enlace, me respondió, pero al cabo cederán á mis ruegos.» —«¿Y qué hemos de hacer entretanto?» le pregunté yo candorosamente.—«Huir de aquí... te he preparado una habitacion en Bilbao... de allí volaré en busca del consentimiento maternal, y nos casaremos. Después de casados, tu madre y mi familia nos perdonarán y bendecirán nuestros vínculos.» ¡Ilusa! mi inesperienza rayaba hasta el punto de ignorar si una jóven de catorce años necesitaba para casarse el consentimiento de

su madre! Decíame mi amante que no era menester, y no me ocurría el menor obstáculo que oponer á los deseos de mi seductor. Partí con él... y empecé á temblar. Un secreto instinto despertó de repente en mi fantasía la idea de que faltaba á mi obligación. Todo el viaje fué para mí una continua lucha de amor y remordimientos... Mi corazón ardía, mi cabeza deliraba... Llegamos á Bilbao, y me alojé en una habitación magnífica, con varios criados á mis órdenes. «No haría esto si no fuesen puras sus intenciones, me decía á mí misma. Tiene razón, nos casaremos, y mi madre y su familia aprobarán nuestro enlace. ¡Qué felices seremos entonces!» Pasó una semana sin que viera yo ningún preparativo para nuestra boda. Lo sentía; pero aun no había perdido mi confianza. Un sentimiento penoso, que era sin duda el presentimiento de mi destino, hacíame ya desdichada á pesar mio. Por último... una noche... ¡qué vergüenza!... Tiemblo al acordarme de lo que pasó.

— ¡Matilde! — exclamó lleno de amargura el bondadoso viejo.



CAPITULO XIV.

EL ARREPENTIMIENTO.

— Un pensamiento horrible, — continuó agitada la joven esposa, — reemplazó en mi corazón á mi candorosa credulidad. Dios sin duda rasgó la venda que me cegaba, y de repente conocí que me hallaba al borde de un abismo sin fondo. Pasé una noche cruel porque amaba mas que nunca á mi seductor. La mañana siguiente paróse muy temprano un coche á la puerta de mi casa. Corrí á recibir á mi amante... ¡No era él!... era otro joven de alguna mas edad; pero tambien muy elegante. «No se asuste usted, señorita» me dijo con amabilidad, «vengo á sacarla de un error que causa la deshonor y hará tambien la infelicidad de usted. El joven con quien piensa usted casarse, no trata mas que de seducirla, pues se va á casar con otra. Tal vez no se acuerda ya de usted; pero si vuelve, crea usted que su intencion es impura. Nada pierde usted en no casarse con un libertino, y si desea usted el amor de un hombre de bien que la haga feliz... este, señorita, no está lejos de usted.» Por las palabras que añadió el recién llegado, conocí en breve, á